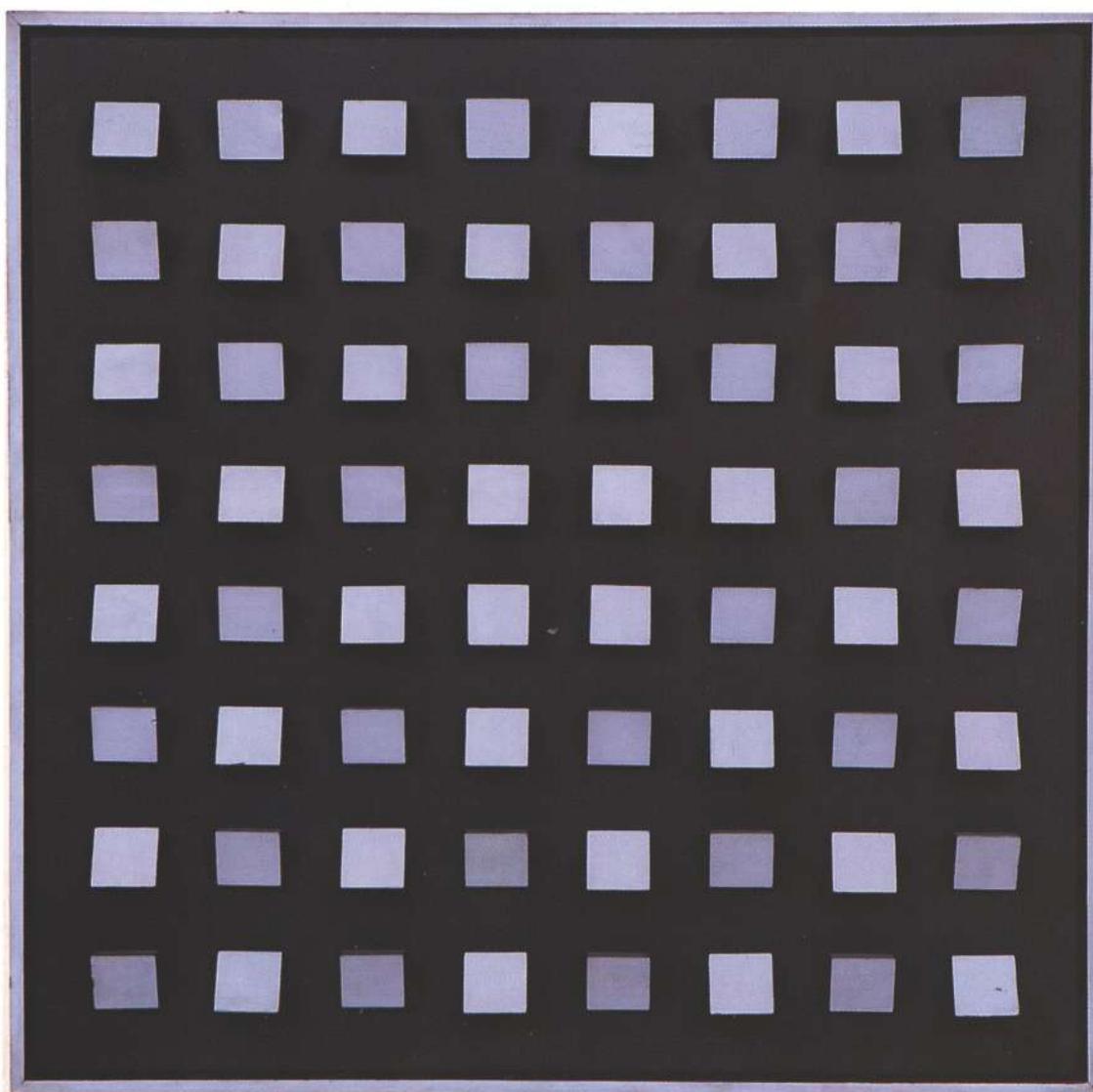


LUIS TOMASELLO



En tapa: **Object plastique n° 153**, 1966
Acrílico sobre madera (relieve), 100 x 100 x 9 cm



Todas las obras pertenecen a la colección del MACLA del Artista Luis Tomasello
MACLA, Museo de Arte Contemporáneo Latinoamericano
Centro Cultural Pasaje Dardo Rocha. Calle 50 e/ 6 y 7, La Plata (1900)
Tel: (0221) 427-1843.
E-mail: maclampl@infovia.com.ar / www.macla.laplata.gov.ar
Martes a Viernes de 10 a 20 hs. Sábados y Domingos de 14 a 22 hs.

Luis Tomasello

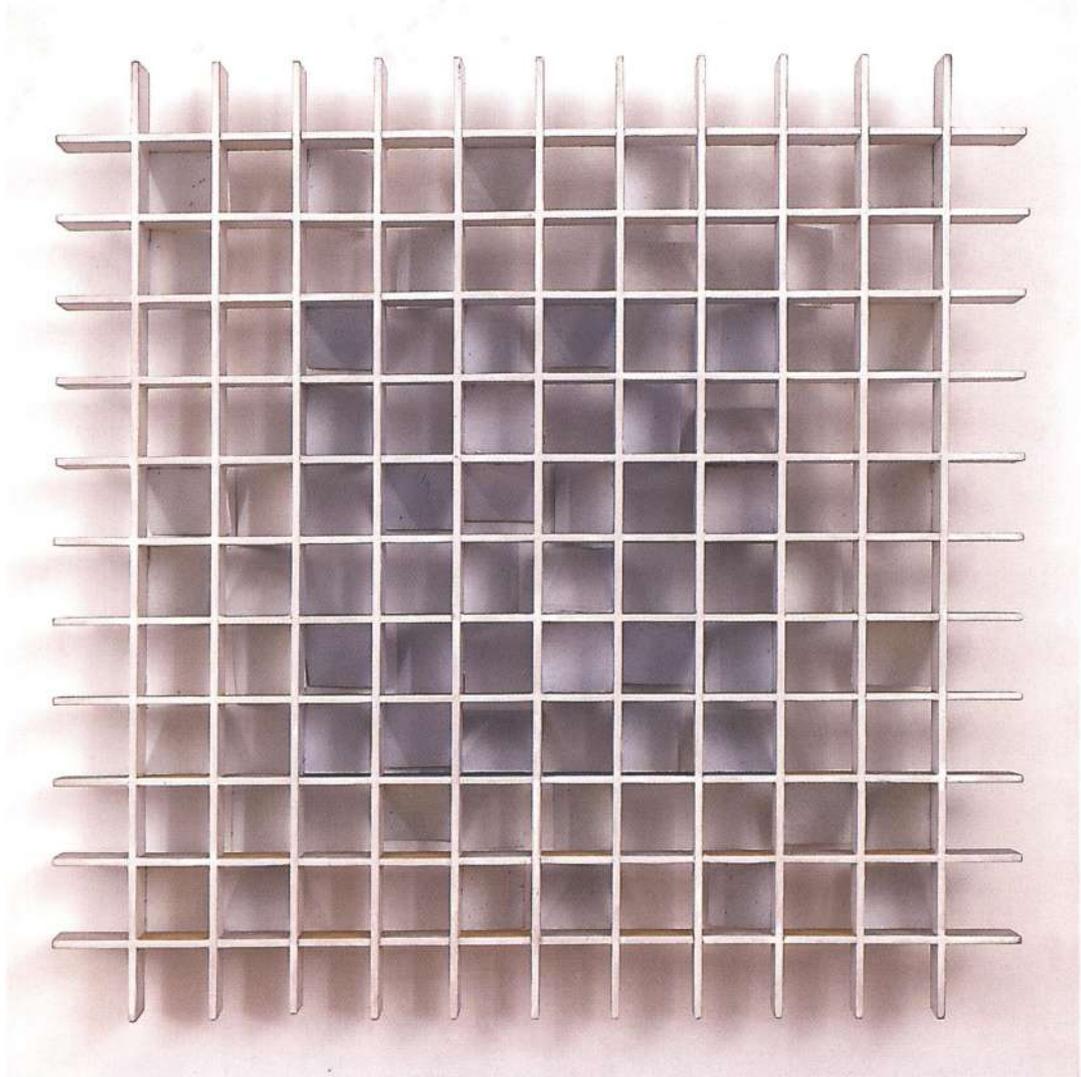
Luis Tomasello constituye todo un referente en las artes visuales. Lejos de temáticas, formalismos, iconografías o manierismos repetidos, establece con lo mínimo un puente entre lo representado y "lo presentado". Un puente que nos permite llegar al otro lado –no sin esfuerzo–, limpios de viejos preconceptos y juegos pseudo intelectuales, que suelen suplantar a la verdadera obra en presencia.

Naturalmente, es fácil ocultar los caóticos vacíos con ademanes de superioridad que se agotan rápidamente, y no pasan ni van más allá de su representación: luz de un instante, oscuridad debida. Opuesto a esto, Tomasello encara el hacer desde una contemplación arraigada en el vivir experimentado y, como el arquero Zen, sabe por asumido que el blanco a apuntar está dentro, no fuera. En su obra no hay artificios ni "espectáculos" visuales. Su creación es producto de una revelación que se da desde un silencio que promueve la libertad ontológica. En el aparente hieratismo de sus trabajos encontramos sutiles instantes percibidos en imperceptibles movimientos. Su simetría isométrica y el perfecto espacio creado entre cuerpo y cuerpo producen una oscilación ocular; ya con tonos iridiscentes en una refracción especular; ya con sombras cambiantes según nos estamos moviendo.

La obra de Tomasello sólo necesita ser contemplada desde su totalidad, es un todo armónico que palpita como una suave brisa fluyendo entre nosotros con su ritmo y armonía vitales, por medio de los cuales despertamos en los orígenes de la obra que es nuestra verdad asumida, vale decir sentida.

La poesía de estas imágenes nos trae a la memoria un axioma Zen que señala: "la luna está en el fondo del estanque, pero no hay signos de que haya penetrado en él". Así cala en nosotros la profunda obra de Luis Tomasello: verdad esencial, significante, atemporal y resonante en nuestro ser.

César López Osornio
CURADOR



Atmosphere chromoplastique n° 118, 1967
Acrílico sobre madera (relieve), 74,5 x 74,5 x 16 cm

La Virtualidad Ontológica

El pensamiento visual se expresa de múltiples formas, frente a la obstinación de la mirada. Si rastreamos profundamente en las obras de Luis Tomasello, comprobamos que el testimonio fundamental del centro de sus operaciones está protagonizado por el ojo (instrumento capacitado para mirar).

Seguramente, cuando Tomasello comenzó sus indagaciones, no escapó a la lectura intencional de su mirada un vasto campo de observaciones empíricas, de experimentaciones, de teorías, que empezaron a constituirse desde la antigüedad más remota.

De este modo, aparece en primera instancia, el padre de la Geometría, Euclides, que hacia el año 300 a.C., fue uno de los fundadores de Óptica (ciencia de la propagación de los rayos luminosos) y uno de los primeros teóricos de la visión. Avanzando en el tiempo, el siglo XIX d.C. es el que marca el comienzo de la Teoría de la Percepción Visual, con Helmholtz y Fechner:

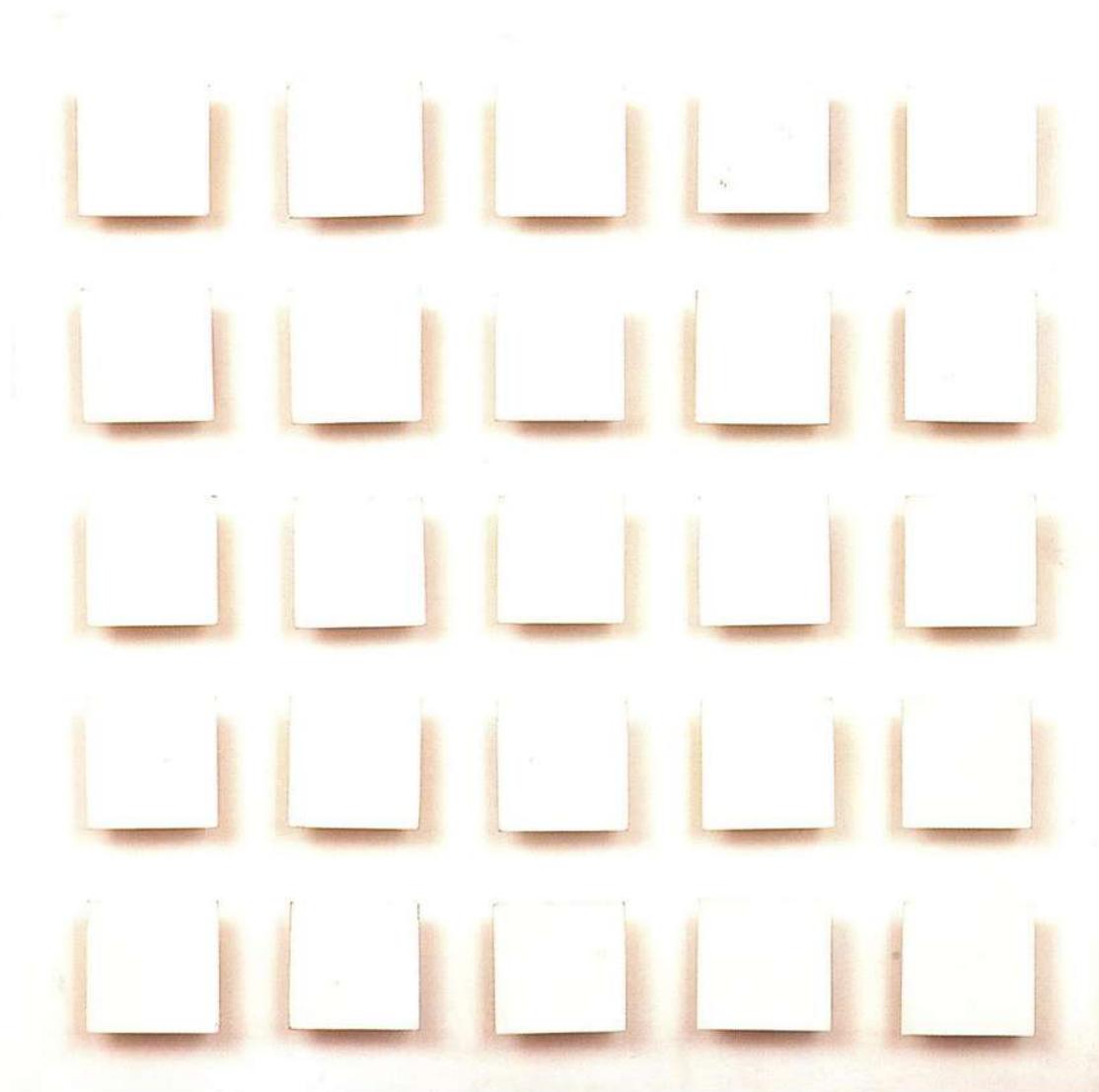
Después de la Segunda Guerra, se han desarrollado los laboratorios de psicofísica, han aumentado la cantidad de observaciones y de experiencias; se ha precisado, simultáneamente, la preocupación de formular teorías de la percepción visual que integran y ordenan los resultados de estas experiencias, al mismo tiempo que sugieren otras.

De acuerdo a estos preceptos, ínsitos en la obra del artista, podemos decir que la presencia de elementos geométricos, tanto en el plano como en el volumen, anima el espacio del soporte tanto de manera real como virtual.

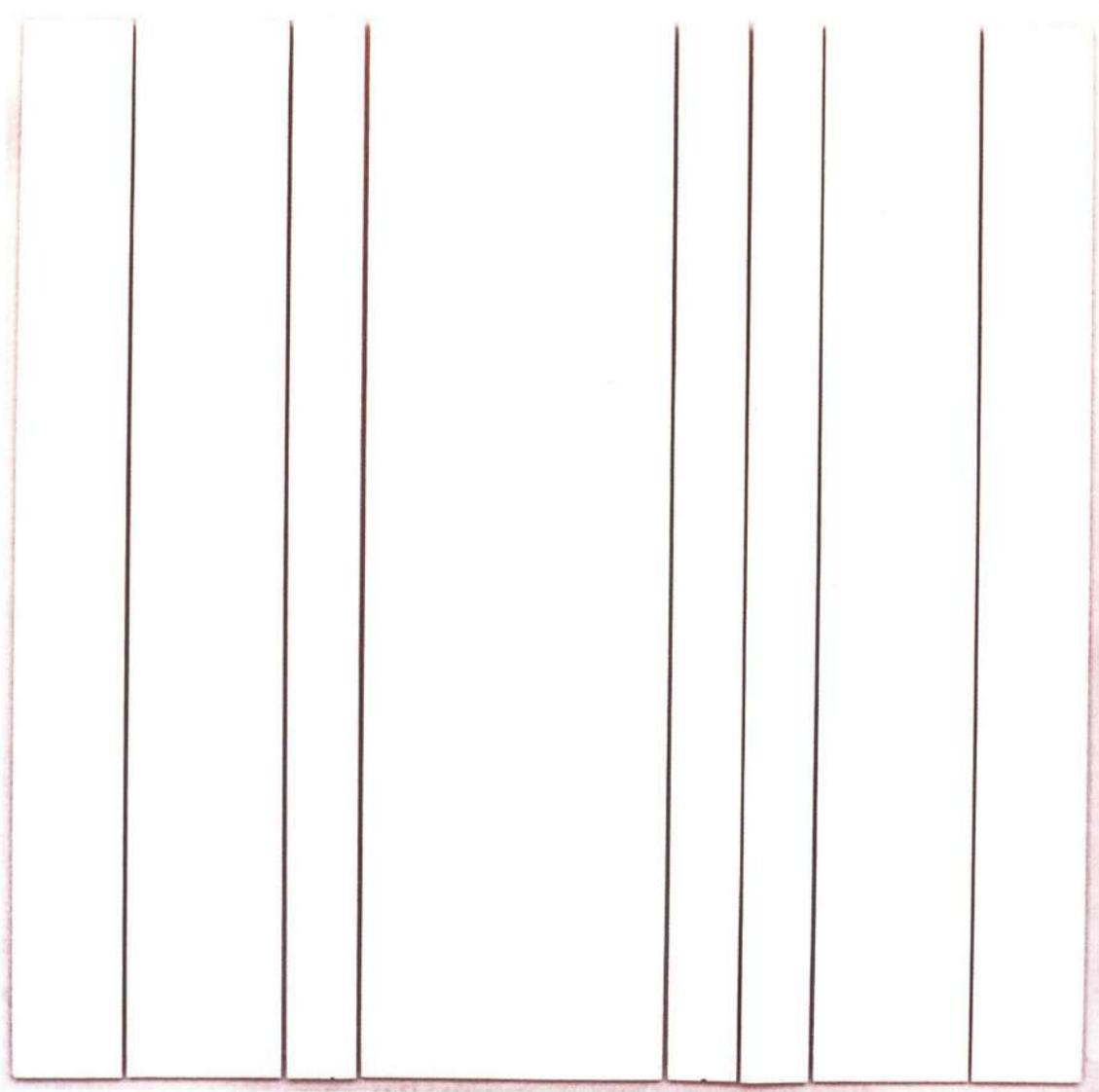
En apariencia, quietos o animados desde el interior de sus corporeidades, por una especie de motorización que busca la referencia del color para manifestar su modalidad, pero manteniendo su actitud elíptica. El término "cromoplastía", inventado por el operador artístico para sugerir los ritmos que adquieren los poliedros al producirse el contraste de luz y sombra, sumado a la puesta en libertad del color; entrelazado en una enigmática danza, que apunta desde un estatismo a la relatividad de lo concreto, en un campo eternizado sobre un soporte.

La pertinencia ontológica y el intento de la superación metafísica confluyen en un ser cargado de luz que dialoga con su sombra.

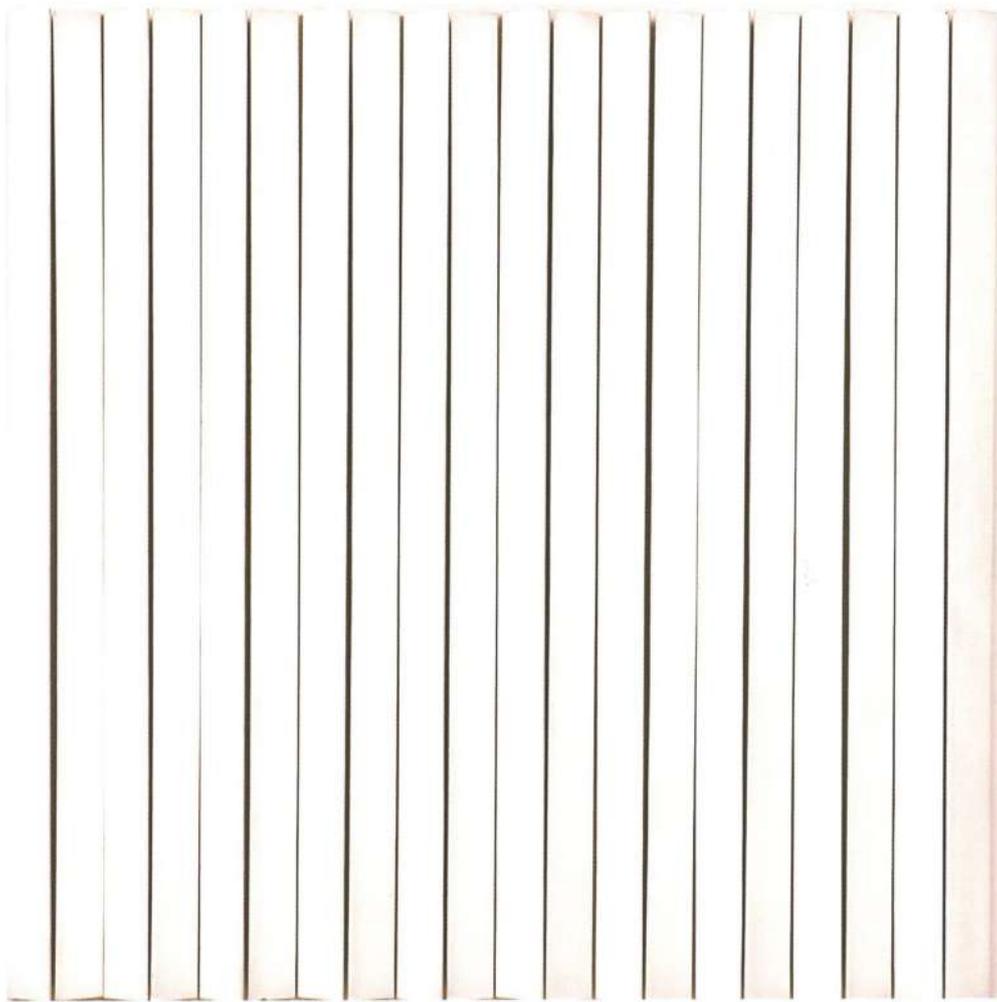
Carlos Espartaco
FUNDACIÓN FEDERICO JORGE KLEMM



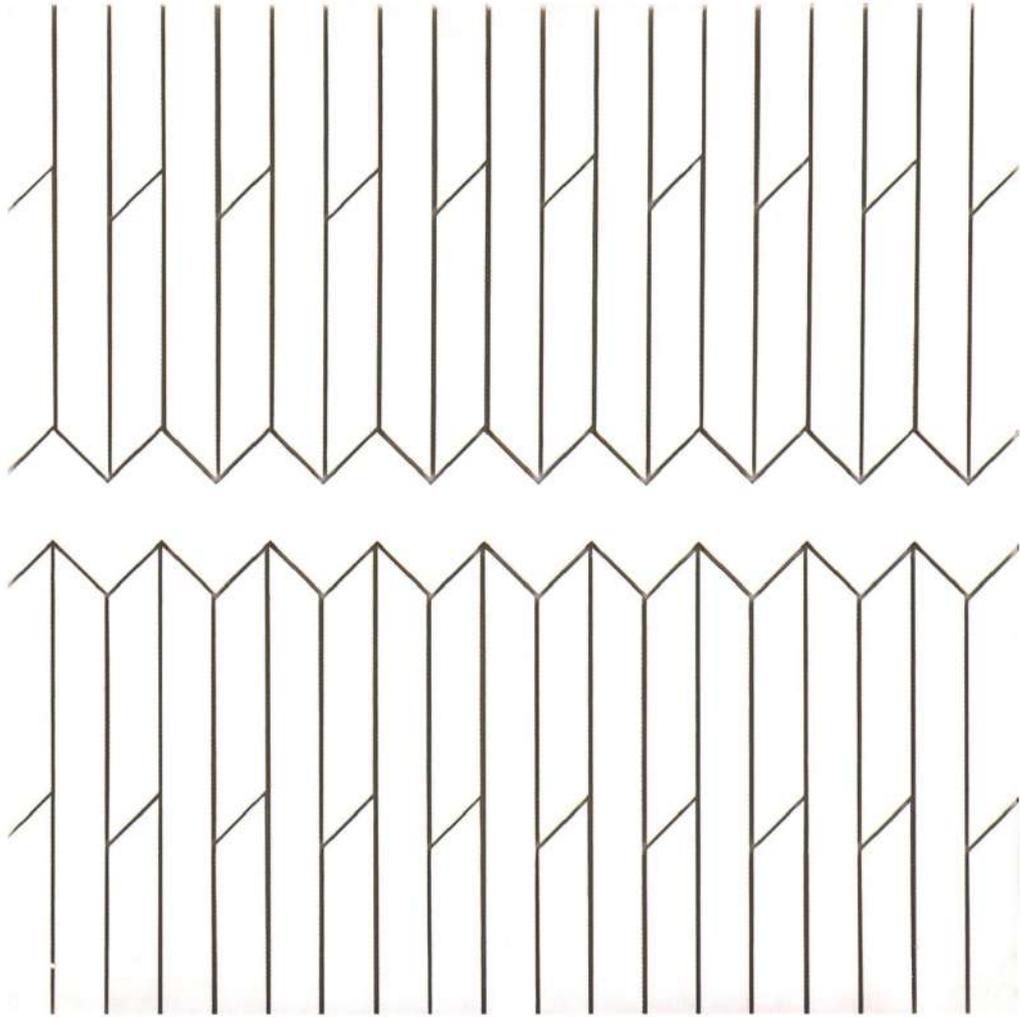
Atmosphere chromoplastique n° 200 A, 1968
Acrílico sobre madera (relieve), 64 x 64 x 5 cm



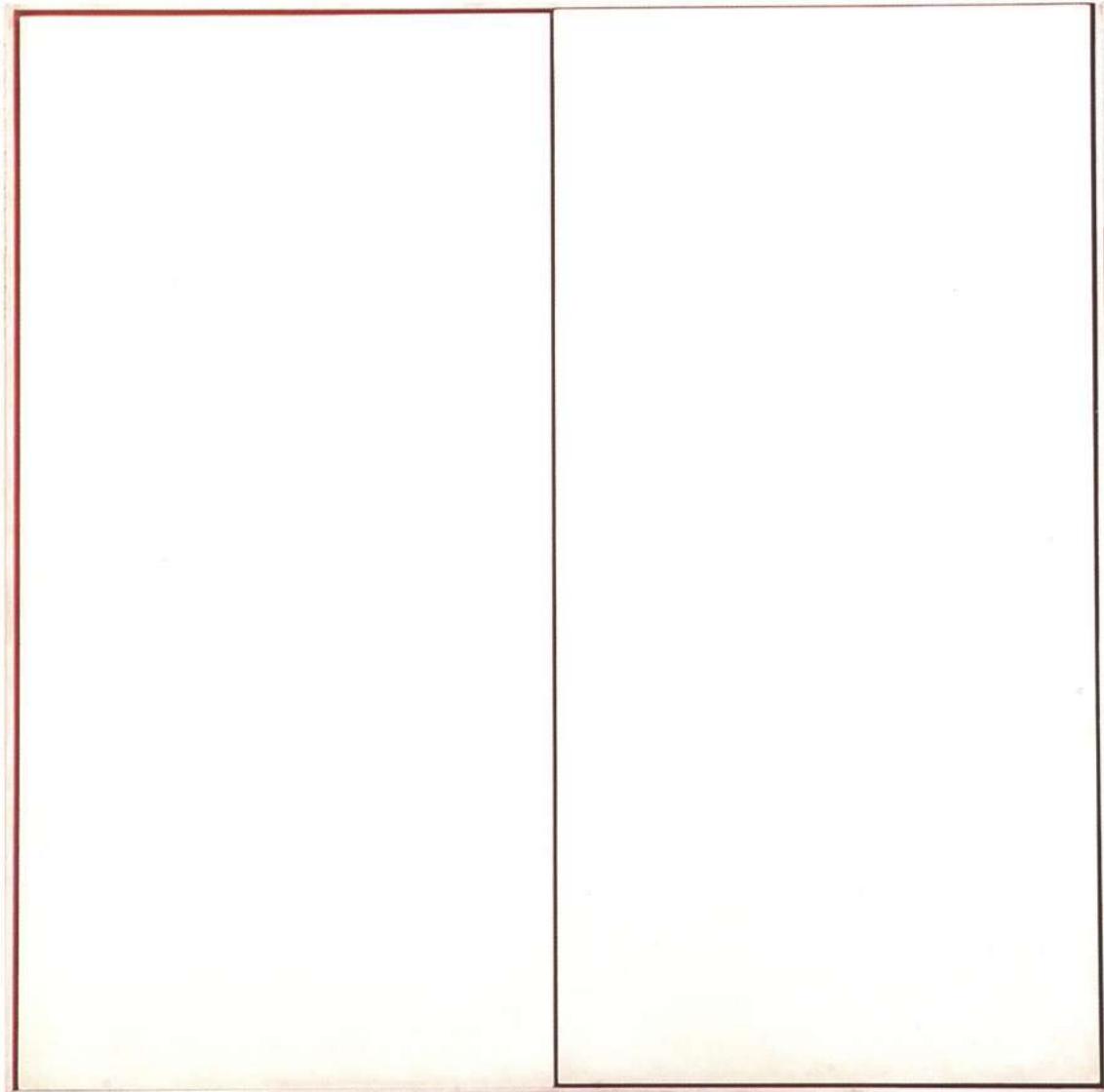
Atmosphere chromatique n° 379, 1975
Acrílico sobre madera (relieve), 90 x 90 cm



Atmosphere chromoplastique n° 401, 1976
Acrílico sobre madera (relieve), 90 x 90 x 8 cm



Atmosphere chromoplastique n° 531, 1982
Acrílico sobre madera (relieve), 85 x 85 x 6 cm



Atmosphere chromoplastique n° 485, 1984
Acrílico sobre madera (relieve), 119 x 119 x 4 cm

La alquimia, siempre.

por Julio Cortázar

Tengo la mala memoria, y si me preguntan por los detalles de tantos libros o películas que marcaron mi vida, descubro con asombro que esa marca es como las cicatrices, algo que apenas guarda relación con el bisturí o el pedazo de vidrio que alguna vez abrieron la piel e hicieron saltar la sangre y el grito.

Quizá por eso, lo poco que me queda en el recuerdo tiene una fuerza que busca compensar la pérdida del resto. Alguien me preguntó el otro día por qué menciono con admirada emoción los novelones de Víctor Hugo, marcas mayores de mi infancia, y de golpe descubrí una vez más que poco podría decir de ellos en detalle. De *Notre Dame de París*, por ejemplo, sólo recuerdo con precisión el juicio al poeta en la Corte de los Milagros, la horrible muerte simultánea del arcediano y de Esmeralda, y una fórmula alquímica. Esta última, perdida vaya a saber en qué momento de la complicada trama, perduró en mi memoria con más fuerza que tantos episodios culminantes del libro. No sólo he escrito ya sobre ella, sino que obsesivamente, cada vez que me detengo ante una obra de Luis Tomasello, vuelvo a sentir la maravilla de aquel primer deslumbramiento –a los diez años, en un suburbio bonaerense– cuando llegué a ese pasaje incompresiblemente perdurable.

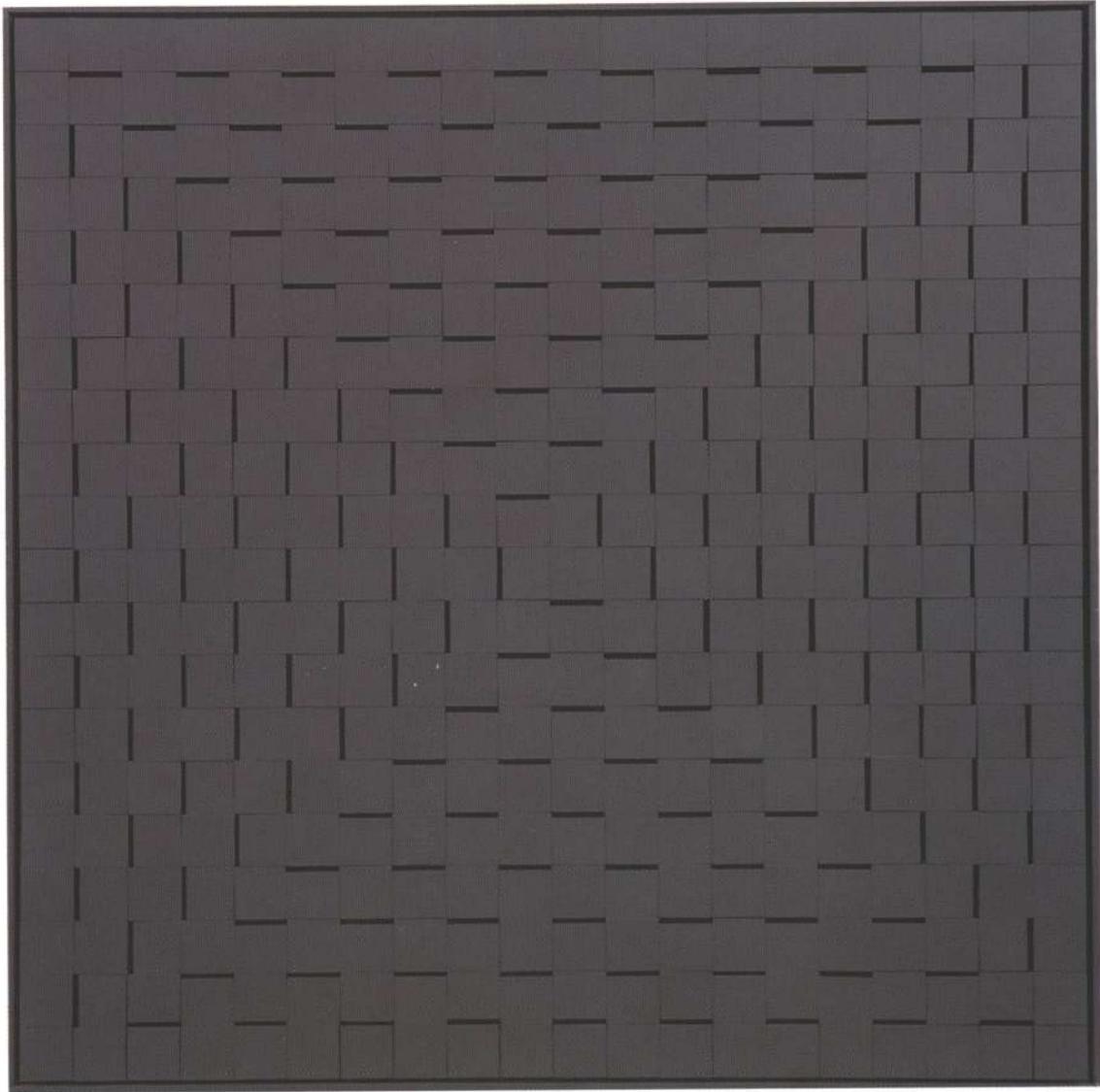
No iré a buscar la referencia exacta, acaso menos bella que mi recuerdo. Alguien aludía al oro, triste y obstinado sueño de una alquimia venal, y daba la infalible fórmula: Con el sol en el cénit, abrir un agujero en la tierra, dejar que la luz del astro lo invada y lo llene, tapanlo bruscamente para aprisionar los rayos temblorosos, y esperar algunos siglos; quien abra por fin esta cripta del sol, encontrará la luz cuajada en oro.

Como los alquimistas en su decadencia, he dejado de creer en la fórmula, pero no en la sustancialidad intrínseca de la

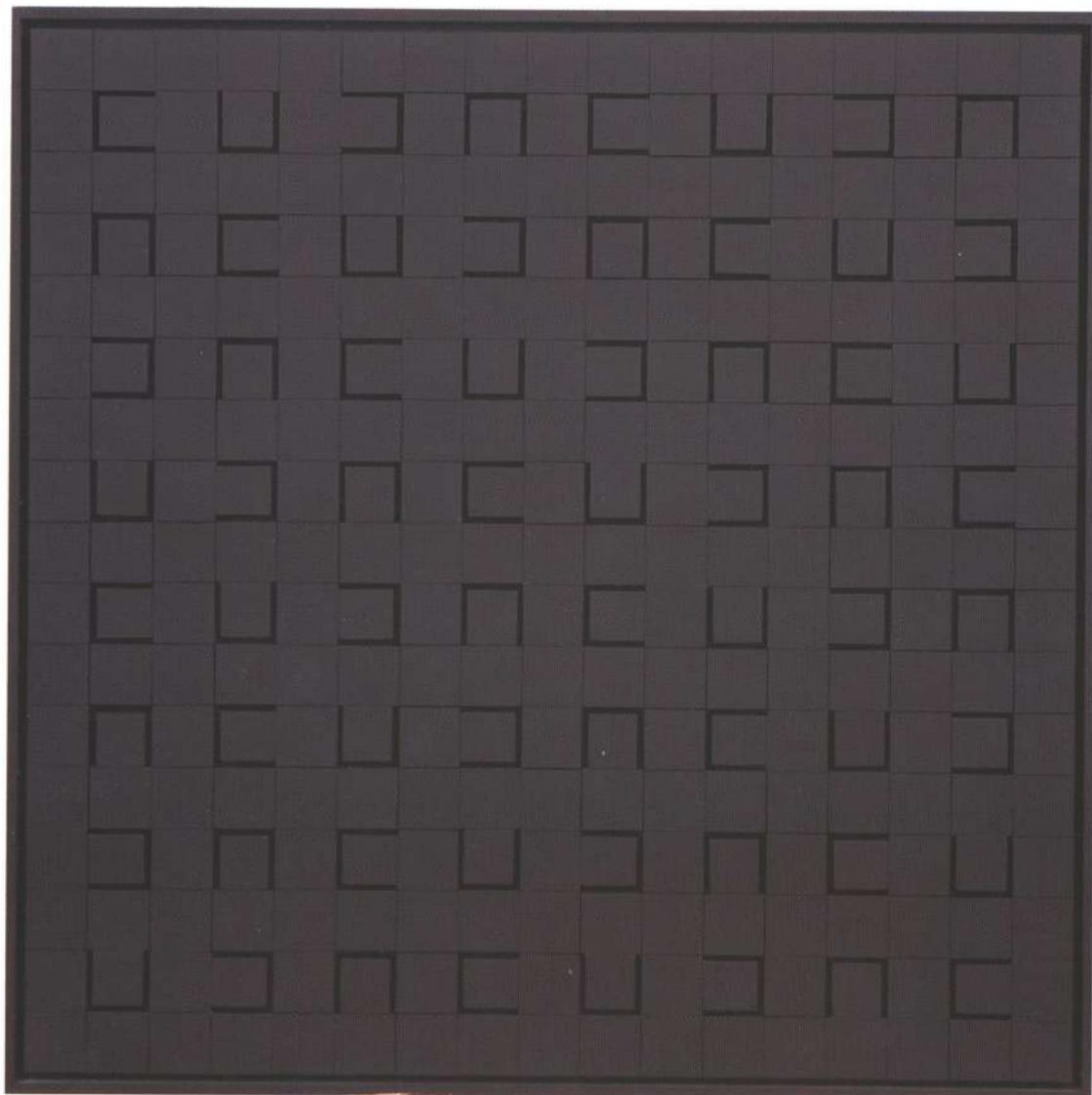
luz. Sus juegos, que el azar inventa cada día en mi casa o en la calle; el espejo de las señora del cuarto piso, que envía su jabalina de plata contra el latón de un recipiente abandonado que lo devolverá ya más lento y pálido a la vitrina donde estoy mirando libros o tornillos, son apenas un atisbo de esa circulación de la luz dentro de la luz, de esas corrientes cálidas en el frío mar del espacio, de esas desobediencias rigurosas a una proyección ciegamente rectilínea que la naturaleza impone a la luz y que ella viola por jugar, por dar la vuelta a la esquina, por ser como nosotros, los desobedientes incurables. Por eso me fascina toda obra humana que de alguna manera colabora en esa gimnasia de la luz y de sus estados de ánimo, quiero decir de los colores.

La complicidad sutil y como displicente de Luis Tomasello juega a ordenar lo desordenado, a peinar minuciosamente la cabellera de la luz, pero por debajo de esta disciplina hay el placer de liberar, en pleno rigor geométrico y plástico, algo como las emociones de la materia, su murmullo azul o naranja. Y ello sin necesidad del movimiento o del estímulo de fuentes externas; como en cualquier encuentro fortuito y feliz de elementos favorables, basta que la luz llegue a los nichos, a las colmenas aparentemente frías y austeras, para que un temblor de vida se difunda en el espacio contiguo y lo arrastre a su danza incontenible. Este alquimista no ha buscado congelar la luz en materia preciosa, sino precisamente lo contrario: un objeto sólido e inmóvil se dilata en luz y color; tiembla en el espacio, late con el mismo corazón del que lo está mirando.

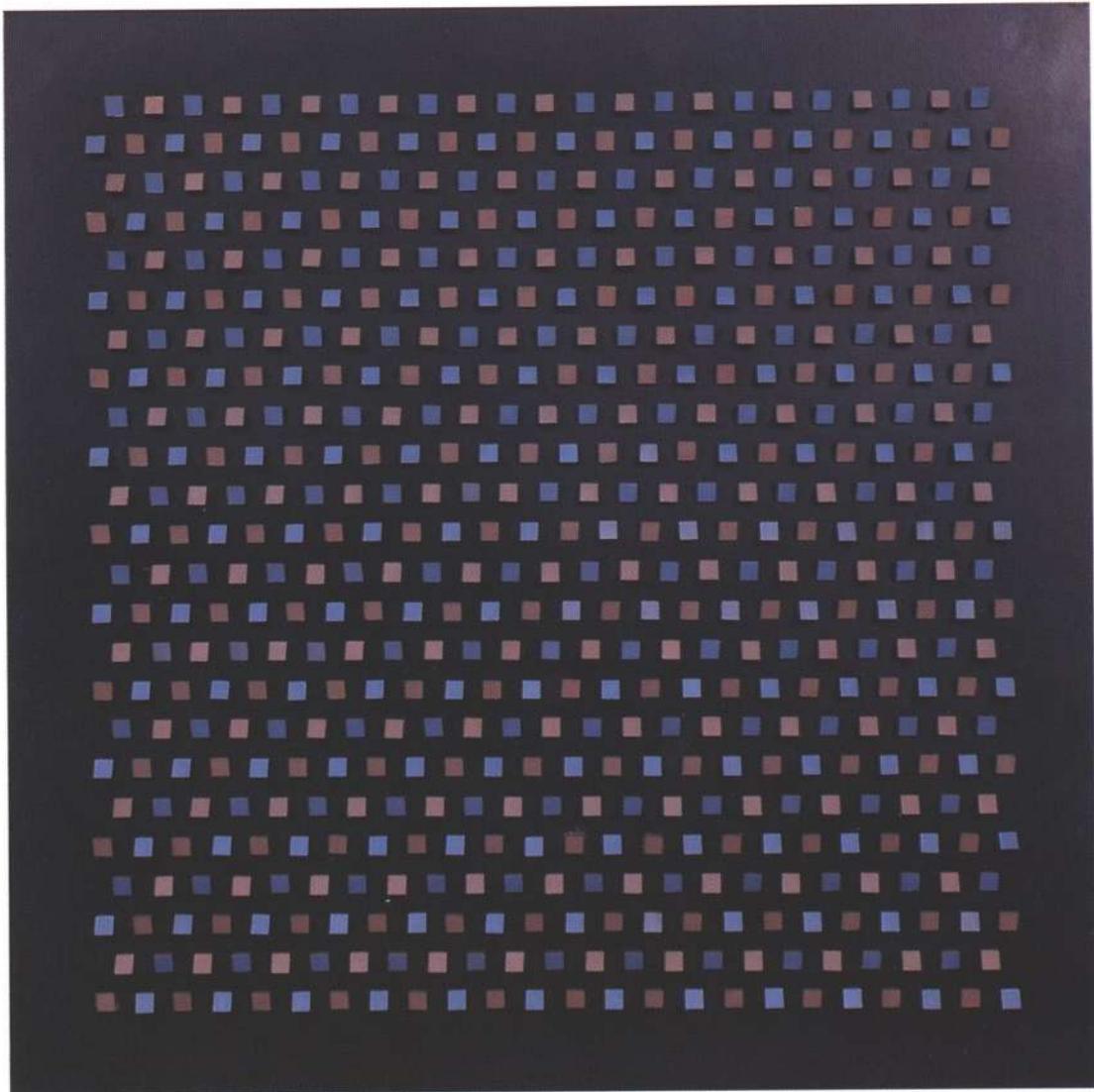
Carpeta de Julio Cortázar -Negro el 10- y Luis Tomasello.



Atmosphere chromoplastique n° 580, 1985
Acrílico sobre madera (relieve), 102 x 102 x 6 cm



Atmosphere chromoplastique n° 638, 1988
Acrílico sobre madera (relieve), 87 x 87 x 6 cm



Object plastique n° 615, 1987
Acrílico sobre madera (relieve), 100 x 100 x 8 cm

Fundación Federico Jorge Klemm

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

Rosa María Ravera, Presidenta / Héctor H. Schenone, Secretario / Gerhard G. Bischoff, Tesorero
Jorge Manuel Taverna Irigoyen, Prosecretario / Víctor Alejandro Bonelli, Protesorero
Alda María Armagni, Vocal / Carlos Espartaco, Vocal / José Emilio Burucúa, Vocal

GERENCIA CULTURAL

Valeria Fiterman / Fernando Ezpeleta

JUNIO 2007

FUNDACION
FEDERICO JORGE
K L E M M

M.T. de Alvear 626 (1058) Buenos Aires / Argentina
Tel.: (5411) 43 12 33 34 / 43 12 44 43 / e-mail: admin@fundacionfjklemm.org / www.fundacionfjklemm.org
Lunes a Viernes de 11 a 20 hs.